

CUCHARA

CUCHILLO

TENEDOR

DIMAS
PRYCHYSLYY

CUCHARA
CUCHILLO
TENEDOR

28.º PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Emilio Boja Malavé (presidente), Espido Freire, Mercedes de Pablos, Francisco Prior Balibrea, José Vallecillo López, Gervasio Posada, Cristina Rico Cabeza, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes y, actuando como secretario, Fernando Fabiani Romero. La novela *Cuchara cuchillo tenedor*, de Dimas Prychyslyy, resultó ganadora del 28.º Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

La dotación de este premio de novela, que convoca el Ateneo de Sevilla, ha sido posible gracias a la colaboración de las entidades Fundación Unicaja, Ámbito Cultural y Algaida Editores.



© Imagen de cubierta: Alberto García Alix, *Tres hembras*, 1989. VEGAP, Sevilla, 2023. Suministro de la imagen: Banco de imágenes de VEGAP

Primera edición: 2023

© Dimas Prychyslyy, 2023
Representada por Agencia Literaria Dos Passos
© Algaida Editores, 2023
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-868-9
Depósito legal: SE. 1.717-2023
Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PARTE I

... y fui allí muy pobre y muy infeliz.

*París no se acaba nunca,
Enrique Vila-Matas*

Siempre vi a mi madre planear el futuro de sus hijos y el suyo. Un día ya no fue capaz de planear grandezas para sus hijos y planeó miserias, futuros de mendrugos de pan, pero lo hizo de manera que también tales planes siguieron cumpliendo su función, llenaban el tiempo que tenía por delante.

*El amante,
Marguerite Duras*

MELÓN-MELOCOTÓN

A LA PREGUNTA DE «¿Y TÚ DE DÓNDE ERES?» SIEMPRE contesto «¿Y a usted qué coño le importa?». Qué manía tienen ahora con esto de tutear, ¿acaso nos conocemos de algo?

La Norma ya no puede ni con la calculadora, dos telediarios le quedan, está como lo verde de las cebolletas en el cajón de la verdura, retorcidita-retorcidita, y como parduzca, olvidada. Entiendo que necesita ayuda pero esta que se ha buscado es un desastre, ya no hay cultura verdulera, se está perdiendo la raza. Antes entrabas y la nueva se sabía la vida de todo el barrio, ahora te preguntan y pestañean, y pinchan las frutas con esas uñas como navajas con abalorios. Eso, eso, tú dile que soy el profesor ese. La madre que parió a la Norma, casi se le escapa «el profesor maricón ese...», si es que ya no está la pobre ni para cotilleos. Hay que ver cómo han puesto los plátanos, debe ser cosa de la nueva, ¡qué obscenidad!

Lo primero que aprendí a decir fue «cuchara-cuchillo-tenedor», así, todo de corrido, como si fuese algo malo. Cuando uno no relaciona el sonido que emite con el objeto al que se refiere, todo suena a palabrotas. Acabábamos de llegar y ya mi madre se había ido a una isla, cuyo nombre me hacía gracia, con un abogado amigo suyo para conseguirle trabajo a mi padre. Yo ya desde pequeño apuntaba maneras y me escondía detrás de las puertas para ver al Hijoputa pelearse con las cacerolas y los fogones enfundado en un delantal de volantes, como una coreana en feria, ridículo.

No era feo, pero qué asco me daba. Con esos ojos azules y las pestañas como un puñado de cucarachas temblando después de cada parpadeo. «Por gilipollas te pasa», le susurraba yo, por aquellas aún en ruso, «por cagao y por hijoputa». Que tenía el prenda las manos más largas que una de Wagner, pero como buen pianista ni un callo, eso sí. Merecido lo tienes, y la otra en las Canarias galopándole la hernia al abogado para conseguirle un puesto de músico. Porque él de otra cosa no podía trabajar, Elton John se creería que era. Todo se lo tenían que hacer, sobre todo mi madre.

El día que nací estaba el asunto en oferta, así son las cosas, como las clementinas de la Nuria: salimos mellizos. Fruto de un músico falto de nervios y una ingeniera mecánica con mucha iniciativa. Las cosas de los ochenta, Dios nos proteja.

El Hijoputa se empeñaba en hacernos listas que según él eran básicas, y todas las tardes nos las hacía recitar de pie en el salón, fresquito como las calderas del Titanic, los dos en una postura como de pioneros soviéticos, intentando aguantar la risa y apretando el culo. Manzana, pera, uvas,

limón (ese era fácil, como en ruso), mandarina (igual de fácil), sandía, melón, melocotón... De pronto a mi hermano se le escapaba un bufido y le salían rodando dos lágrimas y apretaba los labios sin poder juntarlos, como cuando te fumas un porro que te sienta bien. Entonces yo estallaba en carcajadas y me agarraba el pito y a medida que el Hijoputa se iba poniendo más y más rojo y a mi hermano le seguían rodando los lagrimones por las mejillas yo notaba como se me iba saliendo el pis y corría al baño, que por algún motivo estaba en la cocina, y la mayoría de las veces no llegaba y el hilo me recorría el muslo, pasaba por la cicatriz del gemelo y acababa en las deportivas blancas. Melón-melocotón era la combinación perfecta, las agudas en ene son infalibles, luego me llamarían en el colegio de las monjas una cosa que yo no sabía qué era. Melón-melocotón, que suena a bóveda y hace que te mees en las bragas. La de veces que me he meado yo de la risa de chico, por Dios, qué forma de reírse, y eso que motivos había pocos.

AZUCENA-AZUQUECA

PLATO, VASO, TAZA, CACEROLA, SARTÉN (EL VIEJO LE decía «sartel»), olla, tabla, cazo, batidora, microondas y, del tirón, chuchara-cuchillo-tenedor. Una vez liberado de la lista salía corriendo a la calle más graciosa del mundo. La primera vez que oímos la dirección completa nos meamos los dos. En algún lugar de la frontera italiana con Francia. Y tuvimos que taparnos con las chaquetas los pantalones mojados porque no pararíamos hasta la noche. Lo que nos preocupaba era el olor. Menudas vacaciones. Unas falsas vacaciones por Europa para poder salir de aquel país. Unas vacaciones en un microbús atiborrado de gente, el concepto es el mismo que el de las pateras, un cayuco *primer mundo style* pero sobre ruedas. La dirección era: calle Azucena y el pueblo se llamaba Azuqueca. La combinación Azucena-Azuqueca nos pareció por algún motivo divertidísima. Nos pasamos el viaje repitiendo aquellos sonidos que nos debían parecer del África más profunda y secándonos las lágrimas y apretándonos la entrepierna, porque lo peor

que podría ocurrir era mojar los sillones y que gotearan. No pararíamos hasta la noche, nuestras vacaciones consistían en llegar cuanto antes. No habría vuelta atrás.

En el número 25 de la calle Azucena, en Azuqueca de Henares, Elena Mélnik había encontrado un empleo de asistente en la casa de Fernando González. Don Fernando, así le dijeron que debía llamarlo. Había nacido en 1900, como la abuela de Elena y acababa de enviudar. A lo largo del, según don Fernando, feliz matrimonio con Cósima Regalado, habían tenido cinco hijos y cuatro abortos. El último hijo, Francisco, había nacido con una discapacidad severa. Los médicos advirtieron que no pasaría del año de vida, la madre se encomendó a la Macarena, el padre recordó a uno de sus tíos y le contó a Cósima que aquello era una enfermedad de la familia. El niño vivió. Devoraba los melocotones y las nectarinas con sus encías desdentadas, y lo tuvieron que pasar a la leche de cabra porque llegó a rebanarle los pezones a la madre. Don Fernando decía que era la leche de cabra, ese era el motivo por el que seguía vivo, Cósima decía que no, que había sido la Macarena. Kiko no consiguió dar un paso hasta el día en el que cumplió los diez años. Los mayores, Diego y Roberto, lo llevaban sobre la espalda. Kiko daba miedo. Los vecinos lo evitaban. El padre decidió que era mejor tenerlo en casa y acabaron sacándolo una vez al día, lo sentaban sobre una silla de anea y lo ataban con una banda de tela resistente por debajo de las axilas para que no se cayera de boca. Todos los días a las seis de la tarde una paloma se posaba sobre el hombro izquierdo de Kiko y se quedaba quieta hasta que lo desataban

y lo volvían a meter en la casa. La madre decía que era la Virgen del Rocío. El padre que era por ese olor que desprendía, como a avena fermentada, a establo.

Don Fernando se cansó de esperar su propia muerte o la del hijo menor, de modo que se vio rebasados los noventa, viudo y a cargo del enfermo. El día que murió Cósima, puso todos sus abanicos sobre la mesa donde estaban los dos televisores —ya que nunca se ponían de acuerdo sobre los programas que querían ver y decidieron poner dos aparatos para evitar disputas—, colgó una foto de la fallecida sobre el radiador que tenía a mano izquierda, para verla con claridad en los momentos de olvido, y vació el último cajón de la librería, de puerta abatible, pensado para guardar licores y usado por la mujer como costurero, con el fin de llenarlo hasta los topes de esas chucherías que ahora comían los niños. «Al diablo la diabetes —se dijo— antes porque no teníamos para comprar, y ahora que tenemos el médico sale con la diabetes, ¡al carajo!».

Esa tarde, Kiko y don Fernando cenaron chucherías. Don Fernando las había esparcido por la mesa camilla formando montoncitos de colores. Kiko se reía cada vez que cogía una para devorarla, la última se la llevó a la boca, la rechupeteó largo rato, se la volvió a sacar y la lanzó con fuerza contra el televisor de la derecha, el de Cósima, el que estaba apagado. La gominola quedó adherida al cristal oscuro. Después del correspondiente bastonazo, don Fernando concluyó que no podría hacerse cargo él solo de la casa. Los hijos venían de vez en cuando, pero necesitaba a alguien que se ocupara de Kiko, él ya no estaba en edad de cambiar pañales.

COCHE-COCHE

Y O NO SÉ EN QUÉ COÑO ESTABA PENSANDO MI MADRE cuando después de un año sin vernos nos puso sobre el duralex marrón, que transparentaba los agujeros del hule de la cocina de don Fernando, un trozo de empanada de atún, un sándwich de jamón ibérico y un vaso de horchata. Loca del coño tenía que estar ese día que ni siquiera pensó que aquello nos iba a saber peor que el natre. El atún todavía, pero el rancio del jamón sobre el pan de molde, sin tostar ni nada, que se pegaba al paladar a cada mordisco, me hizo devolver aquella porquería sobre el plato. Había un aquelarre de vecinas y nueras mirando a los dos niños rubios devolver en forma de emplasto marrón la sustancia que a ellas les había quitado todos los males, la carne bendita que, tras la de Cristo, limpiaba los pecados y representaba el paraíso carnal en la tierra: el jamón del AhorraMás a 6.630 pesetas el kilo. «Comunistas del demonio», soltó la mayor de las nueras, y disolvió el cónclave.

Entre todas las cosas comprables, nosotros que veníamos de un lugar en el que llevaba dos horas comprar un kilo de tocino, mi madre decidió que el mejor y más espectacular de los regalos serían unos patinetes. Pues como dos subnormales íbamos de un lado a otro de la calle, uno con el patinete azul y el otro con uno rojo, los manillares esponjosos que absorbían el sudor de las manos, la base metálica que reflejaba el infernal sol de julio a juego con el freno que se enterraba en la reblandecida rueda de goma. La calle Azucena tenía un recodo en su parte final, que se convertía en una costanilla que se volvía escalera. En aquella parte no se oían los coches, y a causa de la pendiente los patinetes volvían lanzados. Soledad era la vecina que vivía enfrente de la casa de don Fernando, en un primero, y le daba pereza bajar a la calle con su silla desplegable, así que optaba por asomar medio cuerpo por la ventana, desplegar la labor de ganchillo que tocara ese día y comunicarse a gritos con los congregados al otro lado de la calle. Don Fernando, que era una persona ingeniosa, alabó sus dotes vocales comparándola con la Chelito, y le sugirió a Sole que cada vez que viniera un coche y nosotros estuviéramos en la cuesta detrás de la esquina, se desgañitara para avisarnos. De esta manera, aunque no oyéramos el vehículo, quedábamos avisados, como el resto del vecindario. La Pradera contaba que la primera palabra que dijo su hija fue «taxi», a nosotros nos pasó algo similar, aún me retumba en la cabeza la voz de pito de la Sole chillando «cocheeee-cocheeee». La más cotilla del barrio, la Sole. Qué mal me caía.

Mi padre no tardó en percatarse de la excesiva frecuencia con la que mi madre se escondía en la cocina para hablar

durante horas con una amiga. La amiga se llamaba Manolo y era el abogado. La amiga de verdad era Tamara y nunca llamaba por teléfono, solía venir los miércoles a tomar café, ella también fue de las primeras en poder escapar después de la disolución de la URSS. La falsa amiga, o sea, Manolo, tenía, según mi madre, intenciones cristianas y desinteresadas de ayudarnos con los papeles. Lo había conocido en la Expo de Sevilla, y luego volverían a coincidir en Tenerife donde mi madre desembarcó como cocinera de un crucero. El Hijoputa decidió comprobar la autenticidad de aquella historia a base de puñetazos. El ritual se repetía todas las noches, cuando comenzaban los gritos la Sole subía la persiana y afinaba el oído, yo cogía a mi hermano del brazo y hacíamos como ella, con medio cuerpo asomado por la ventana gritábamos: «coocheeeee-coocheeeee». Para que la muy puta no pudiera escuchar los gritos de mi madre, para que mi madre supiese lo que se le venía encima aunque no lo viera.

LAS HUIDAS

A DON FERNANDO LE DIO UN ATAQUE DE CELOS AL poco de poner mi padre un pie en aquella casa. Elena era suya, para eso le pagaba la miseria que le pagaba, para que fuese de su propiedad y le sonriese y le cocinase comida de Europa del Este y le limpiase el culo a su hijo sexagenario y desvalido y para presumir de empleada guapa en el mercado y para que le ayudase a cambiarse la bolsa del costado cuando él no podía y comenzaba a rebosarle la mierda, no para presenciar cómo su marido se la comía con los ojos adivinando las bragas tras el satén barato de la bata. Por su parte, mi padre se puso celoso de la falsa amiga y amenazó con matar a mi madre cuando esta consiguió reunir tras dos años de ahorros las últimas mil pesetas para poder comprar un teléfono móvil. El armatoste parecía un microondas, con una antena que llegaba a la ventana de la Sole. Decía mi madre que no era fumadora ni bebía ni tenía coche ni iba al cine, así que se podía permitir ese capricho, un canto a la modernidad y a las pelis ameri-

canas y una forma de poder hablar con su madre una vez al mes desde la intimidad de su dormitorio.

Las llamadas del abogado no tardaron en llegar, las palizas diarias se dispararon, Sole perdió el interés y nosotros no conseguíamos disimular el ruido de las broncas al desgañitarnos con el aviso del coche. Una tarde, le dije a mi hermano que me iba a fugar y que si quería que se viniera. Que nos íbamos en patinete a Madrid y que les dieran por el culo a los dos estos y sus discusiones. Me dijo que se apuntaba, así que nos llevamos provisiones en una mochila, y un domingo a las seis de la mañana, partimos rumbo a Madrid propulsándonos a pisotones contra el asfalto, convencidos de que llamarían a la policía y mi padre se daría cuenta de que era su culpa y nos pedirían perdón y nos llevarían a Barcelona y nos comprarían un peluche de Cobi, y luego a la playa a ver delfines y comer hamburguesas con mucho, mucho, mucho kétchup, porque todo el mundo sabía que Barcelona era la capital del kétchup y los delfines. Llegamos a un parque que había al final del pueblo, inundado por el olor molesto de los olivos, al lado de unas vías de tren. Nos sentamos en una piedra y nos comimos los donuts y las tabletas de chocolate blanco y comenzamos a llorar. Yo, porque sabía que aquello no iba a cambiar a mis padres, y mi hermano, porque decía que Madrid estaba para el lado opuesto, que estábamos yendo a Guadalajara.

Volvimos arrastrando los patinetes hasta el centro del pueblo, donde había un restaurante chino, de los primeros; el dueño estaba levantando la reja y hablaba con el barrendero. El barrendero nos vio cruzar el bulevar sorbiendo los

mocos, se nos acercó y nos dijo algo que no entendimos, comenzó a hacernos gestos y mi hermano me dijo que su cara le resultaba familiar, yo me acordé de la abuela y de los secuestradores que tanto la obsesionaban y del sueño que tuvo un día conmigo. En el sueño ella trepaba por una tapia, como de una cárcel o un campo de concentración soviético, entonces yo la adelantaba y llegaba hasta lo alto de la valla y saltaba, ella hacía lo mismo al poco y cuando pisaba el suelo se encontraba con un barrendero que en el palo de la escoba tenía pinchada mi cabeza, el pelo rubio ya negro. Yo pensé que ese debía ser el barrendero con el que soñó la abuela, no tenía cojones ni nada la tía para contarle semejante cosa a un niño de siete años. Cogí a mi hermano por el brazo y salimos corriendo antes de que nos sacaran las tripas y vendieran los órganos a los japoneses, que eso también lo decía la abuela, que los órganos de los niños los compraban los japoneses porque como eran muy bajitos a ellos les servían.

Al volver a casa, mis padres seguían dormidos, ni se habían enterado de la fuga. Aquel mediodía volvió a sonar el teléfono y mi madre anunció que se iba a Tenerife a buscarle trabajo a mi padre. Durante esos días él tendría que hacer el suyo como chacha de don Fernando y cambiarle los pañales a Kiko y limpiarle el culo y cocinar platos típicos de Europa del Este. Ese día no comimos en casa, mi madre se puso las gafas negras para disimular el nuevo moratón y dijo que nos íbamos de rebajas y que comeríamos en el McDonald's y que nos iba a enseñar la casa de la reina Sofía. Me enfadé con mi madre porque no nos había contado que

era amiga de la reina, pero aun así quería ver la casa, que seguro debía tener más de cuatro dormitorios. Cuando el tren arrancó y dejamos el parque atrás, mi hermano me dio un codazo y dijo que él tenía razón, que Madrid estaba para el otro lado.

EL PUTO NIÑO

MIRA QUE SE LO DIJE AL GILIPOLLAS DE MI HERMANO, si viene el niño, a mí que no me traiga a sus novias a follar aquí en el salón, que esto es una casa decente y solo entran maricones. Pues no, me trajo ayer a una cayetana vestida de Cortefiel, que es el colmo del mal gusto, y me la intentó colar por trans. Este niño se cree que yo soy estúpida, que una ya tiene más de seis sexenios de antigüedad y canas donde ni se imagina. Veterinaria iba a estudiar el descerebrado, qué Veterinaria ni qué coño de Veterinaria, Veterinaria en el Tinder iba a estudiar ese. Pasé de hablar con el padre y telefoneé directamente a la Mónica, que aunque sea navarra tiene dos dedos de frente, y le dije que al niño, como mucho, Periodismo, que para más no da y tú lo sabes que es culpa de tu familia. Que cuando se la sacara —la carrera, quiero decir— ponle unos ocho años o nueve, no menos, le dije, ya hacía yo unas gestiones con Pedro Cabrales y lo mandábamos de corresponsal a Toronto o a algún otro lugar de-

cente y alejado. Afirmó que Estados Unidos siempre ha sido un destino seguro, luego pregunta que a quién le salió el esbirro, hija, pues a tu ralea, a quién va a salir, que sois todos músicos.

Mamá casi se infarta cuando se enteró de lo de veterinaria, dijo que no pisara la isla, que lo desheredaba, que lo de casarse con una profesora de música primero y poner de primer apellido el de la madre después ya le había costado un disgusto, pero no estaba dispuesta a ver a su único nieto ir de pueblo en pueblo inseminando a las vacas y sacando muelas a los borrachos. Esta mujer después de treinta y cinco años no se ha enterado aún en qué país vive. Aunque sobre la inseminación vacuna estoy de acuerdo.

El otro día, el puto niño me preguntó que si era pasivo o activo y yo le dije que si era gilipollas o si quería superar en méritos a su tío Fernando. Se encogió de hombros y dale al telefonito. Eso pasa cuando tienes hijos a los veinte con una que tiene casi treinta y lo único que se ha sacado es la banda de Miss Simpatía de su pueblo tras un atropellado paso por el conservatorio. Luego está lo del nombre, la Mónica se empeñó en ponerle algo con reminiscencias esclavas, y mi hermano se empeñó en que le pusieran de primero el apellido de ella, en resumen: Iván Molina Mélnik. Lo de esta familia no es normal. Mélnik significa «del molino», Iván Molina del Molino, tócate los cojones. A panadero lo metía yo. Si es que cuando digo que a estos les faltan cinco minutitos de incubadora, por algo lo digo. Menos mal que mi señora madre me puso David y no Ser-

gey, que más allá de las respuestas obvias que me hubiese ahorrado, habría en España dos Sergios del Molino y eso tendría rango de catástrofe global, al menos para María Pálmer.